

sionalismo perturbador [...] parece entonces indiscutible. [...] No es ya una expresión revolucionaria contra las organizaciones industriales, sino una plaga de importación. Las clases obreras argentinas [...] han producido sus reclamaciones de mejoras y han logrado éxito sin olvidar nunca el vínculo de solidaridad que reconocen con su propio país. [...] Nunca se han conducido como criminales ni incendiarios. [...] Este solo aspecto bastaría para delatar el origen extranjero que ha presidido la dirección de los últimos movimientos de huelguistas». 289

Ya se podía ver con claridad qué poco habían cambiado las cosas desde que se sancionara la Ley Sáenz Peña. Al año siguiente, 1919, la situación se tornaría aún más clara, cuando la lucha entablada por el poder entre el gobierno y la élite conservadora alcanzó proporciones más dramáticas.

7. La Semana Trágica

En la primera mitad de 1919 las tensiones generadas por las huelgas entre el gobierno y la élite conservadora dieron lugar a una serie de complicadas situaciones, en las cuales es dable advertir dos crisis políticas fundamentales, que pusieron en tela de juicio el régimen de gobierno representativo instituido por la Ley Sáenz Peña, sacaron a relucir la cuestión de la localización real del poder político y, con ello, expusieron con mayor claridad aún los débiles soportes objetivos de los cambios que Yrigoyen había intentado instrumentar. Por primera vez, las Fuerzas Armadas se vieron envueltas de manera directa en la política, en calidad de árbitros de los destinos del gobierno civil. Asimismo, en 1919 se asistió al surgimiento de una nueva alianza popular, la Liga Patriótica Argentina, que si bien no era directa o abiertamente hostil al radicalismo, estaba bajo el control de los grupos conservadores y en condiciones de ejercer una influencia decisiva sobre el gobierno.

En el curso de 1919 este último debió luchar desesperadamente para sobrevivir; finalmente lo logró, pero viéndose obligado a abandonar los aspectos auténticamente progresistas de su política. En un conjunto de frentes distintos —sobre todo en la relación con el capital extranjero— debió volver cada vez más a los moldes preestablecidos del pasado. A fines de ese año su intento de mejorar la posición de los sindicatos ya estaba casi por completo derrotado. Por último, debió efectuar una serie de importantes reajustes en sus técnicas de abordaje del electorado de masas; en vez de promover nuevas medidas, se vio forzado a retornar a un sistema de control regido por el patronazgo y que descansaba, esencialmente, en un aumento del gasto público y un estilo de conducción popular en gran medida simbólico. La aparición de estos dos rasgos fueron un sintoma de su debilidad más que de su fortaleza. Si entre 1916 y 1919 las relaciones del gobierno con la élite conservadora estuvieron en gran parte determinadas por el problema obrero, a partir de entonces la

cuestión cardinal pasó a ser el vínculo de los radicales con la clase media urbana.

Así pues, este año de 1919 tuvo gran cantidad de ingredientes. Amén de dejarnos un cuadro vívido de las presiones que debió sufrir el reformismo liberal, fue también un año importante para la clase obrera argentina. En él quedó gráfica-mente de cristo el significativo papel político que asumieron los obreros en esta etapa de la historia nacional, pero también sus grandes flaquezas frente a otros grupos de poder.

La primera gran crisis en que estuvieron comprometidos los obreros se produjo en el mes de enero, en la serie de episodios posteriormente denominados «la Semana Trágica». Se iniciaron con una huelga general, la primera de su tipo después de casi diez años, y culminaron en un sangriento *pogrom* contra las comunidades de inmigrantes. En este movimiento contrainsurreccional tuvo su origen la extrema derecha argentina. Teniendo en cuenta su valor simbólico para el movimiento obrero, este episodio complejo merece que lo analicemos con algún detalle.²⁹⁰

Los salarios y las tendencias a la agremiación

El papel de los obreros en la Semana Trágica tuvo otra vez como causa fundamental el incremento del costo de la vida provocado por la guerra. Mientras que los precios de los bienes importados seguían en ascenso, en 1918 la Argentina aprovechó el auge de la demanda externa de artículos alimenticios primarios. Esto trajo consigo una nueva época de prosperidad para los productores y exportadores, pero aumentó las cargas que soportaban los consumidores urbanos. La única compensación que tuvieron los obreros fue que luego de 1917 comenzó a menguar el problema de la desocupación. En 1918 la producción industrial interna había vuelto a sus niveles anteriores a la guerra y, como resultado de la sustitución de importaciones, había comenzado a diversificarse en nuevas ramas de actividad. También la expansión del sector exportador estimuló el alto nivel de empleo. Pero todo ello tuvo escasos efectos sobre la tendencia descendente de los salarios reales. El cuadro 5 resume los datos principales. Esta combinación de condiciones —caída de los salarios y aumento del nivel de empleo— tuvo como efecto inicial alentar el desarrollo del movimiento «sindicalista». Hacia 1918

el anarquismo estaba perdiendo importancia velozmente; en la mayoría de las huelgas de 1917 y 1918 los anarquistas cumplieron solo un papel secundario. En julio de 1918 intentaron declarar una huelga general en Buenos Aires utilizando como pretexto el despido de algunos trabajadores por parte del Ferrocarril Gran Sur, pero fue un fracaso total: únicamente los apoyaron los changadores del puerto.²⁹¹

Cuadro 5. Nivel de ocupación, ingresos personales y producción industrial, 1914-1922.

	Porcentaje de desocupados sobre la fuerza de trabajo total (meses de invierno)	Costo general de vida (1910 = 100)	Salarios reales (1929 = 100)	Volumen de la producción industrial (1950 = 100)
1914	13,4	108	—	20,3
1915	14,5	117	61	18,2
1916	17,7	125	57	18,7
1917	19,4	146	49	18,5
1918	12,0	173	42	22,1
1919	7,9	186	57	23,0
1920	7,2	171	59	23,8
1921	—	153	73	25,1
1922	—	150	84	27,9

Fuente: Guido Di Tella y Manuel Zymelman, *Las etapas del desarrollo económico argentino*, Buenos Aires, 1967, págs. 309, 317, 339, 343.

Los «sindicalistas», en cambio, se vieron beneficiados por las victorias obtenidas por la FOM en 1916 y 1917, y también por su actitud decidida en las etapas iniciales de las huelgas ferroviarias. En general, todas las huelgas que lograron éxito fueron dirigidas por ellos. En el cuadro 6 se sintetiza la evolución de la FORA desde 1915 hasta la depresión de posguerra en 1921; aunque solo se trata de una estimación del número de obreros que pagaban sus cuotas mensuales a la federación y no de una cifra exacta de afiliados, muestra bien a las claras los rasgos principales del desarrollo de la entidad. En 1917 y 1918 tanto el número de gremios afiliados como el de los miembros que abonaban cuotas aumentó abruptamente. En 1919 fue más marcado el aumento de la cantidad de gremios afiliados, lo cual refleja sobre todo el hecho de que el proceso de agremiación comenzó a llegar hasta las pequeñas industrias y las actividades de servicios de Buenos

cuestión cardinal pasó a ser el vínculo de los radicales con la clase media urbana.

Así pues, este año de 1919 tuvo gran cantidad de ingredientes. Amén de dejarnos un cuadro vívido de las presiones que debió sufrir el reformismo liberal, fue también un año importante para la clase obrera argentina. En él quedó gráficamente descrito el significativo papel político que asumieron los obreros en esta etapa de la historia nacional, pero también sus grandes flaquezas frente a otros grupos de poder. La primera gran crisis en que estuvieron comprometidos los obreros se produjo en el mes de enero, en la serie de episodios posteriormente denominados «la Semana Trágica». Se iniciaron con una huelga general, la primera de su tipo después de casi diez años, y culminaron en un sangriento pogrom contra las comunidades de inmigrantes. En este movimiento contrainsurreccional tuvo su origen la extrema derecha argentina. Teniendo en cuenta su valor simbólico para el movimiento obrero, este episodio complejo merece que lo analicemos con algún detalle.²⁸⁰

Los salarios y las tendencias a la agremiación

El papel de los obreros en la Semana Trágica tuvo otra vez como causa fundamental el incremento del costo de la vida provocado por la guerra. Mientras que los precios de los bienes importados seguían en ascenso, en 1918 la Argentina aprovechó el auge de la demanda externa de artículos alimenticios primarios. Esto trajo consigo una nueva época de prosperidad para los productores y exportadores, pero aumentó las cargas que soportaban los consumidores urbanos. La única compensación que tuvieron los obreros fue que luego de 1917 comenzó a menguar el problema de la desocupación. En 1918 la producción industrial interna había vuelto a sus niveles anteriores a la guerra y, como resultado de la sustitución de importaciones, había comenzado a diversificarse en nuevas ramas de actividad. También la expansión del sector exportador estimuló el alto nivel de empleo. Pero todo ello tuvo escasos efectos sobre la tendencia descendente de los salarios reales. El cuadro 5 resume los datos principales. Esta combinación de condiciones —caída de los salarios y aumento del nivel de empleo— tuvo como efecto inicial alentar el desarrollo del movimiento «sindicalista». Hacia 1918

el anarquismo estaba perdiendo importancia velozmente; en la mayoría de las huelgas de 1917 y 1918 los anarquistas cumplieron solo un papel secundario. En julio de 1918 intentaron declarar una huelga general en Buenos Aires utilizando como pretexto el despido de algunos trabajadores por parte del Ferrocarril Gran Sur, pero fue un fracaso total: únicamente los apoyaron los changadores del puerto.²⁹¹

Cuadro 5. Nivel de ocupación, ingresos personales y producción industrial, 1914-1922.

	Porcentaje de desocupados sobre la fuerza total (meses de invierno)	Costo general de vida (1910 = 100)	Salarios reales (1929 = 100)	Volumen de la producción industrial (1950 = 100)
1914	13,4	108	—	20,3
1915	14,5	117	61	18,2
1916	17,7	125	57	18,7
1917	19,4	146	49	18,5
1918	12,0	173	42	22,1
1919	7,9	186	57	23,0
1920	7,2	171	59	23,8
1921	—	153	73	25,1
1922	—	150	84	27,9

Fuente: Guido Di Tella y Manuel Zymelman, *Las etapas del desarrollo económico argentino*, Buenos Aires, 1967, págs. 309, 317, 339, 343.

Los «sindicalistas», en cambio, se vieron beneficiados por las victorias obtenidas por la FOM en 1916 y 1917, y también por su actitud decidida en las etapas iniciales de las huelgas ferroviarias. En general, todas las huelgas que lograron éxito fueron dirigidas por ellos. En el cuadro 6 se sintetiza la evolución de la FORA desde 1915 hasta la depresión de posguerra en 1921; aunque solo se trata de una estimación del número de obreros que pagaban sus cuotas mensuales a la federación y no de una cifra exacta de afiliados, muestra bien a las claras los rasgos principales del desarrollo de la entidad. En 1917 y 1918 tanto el número de gremios afiliados como el de los miembros que abonaban cuotas aumentó abruptamente. En 1919 fue más marcado el aumento de la cantidad de gremios afiliados, lo cual refleja sobre todo el hecho de que el proceso de agremiación comenzó a llegar hasta las pequeñas industrias y las actividades de servicios de Buenos

Aires. Un gran número de pequeños gremios se sumaron a la FORA, aunque parecería que los obreros tuvieron vacilaciones en cuanto a afiliarse o pagar sus cuotas hasta 1920. Ese año el promedio mensual de los que abonaron sus cuotas casi duplicó el del año anterior. Por último, con la depresión de posguerra, en 1921, la FORA sufrió una veloz decadencia. Cuadro 6. *La FORA «sindicalista», 1915-1921.*

Cantidad de remios a hrefidos	Total de afiliados que pagaban sus cuotas	Promedio mensual de afiliados que pagaban sus cuotas
1915	50	21.332 (8 meses)
1916	70	41.124 (12 meses)
1917	199	158.796 (12 meses)
1918	232	428.713 (12 meses)
1919	530	476.203 (12 meses)
1920	734	749.518 (11 meses)
1921	—	240.101 (9 meses)

Fuentes: J. Rodríguez Tarditi, «Sindicatos y afiliados», *Revista de Ciencias Económicas*, n° 29, 1927, pág. 973; *La Organización Obrera*, 1° de mayo de 1918, 1° de mayo de 1920, 24 de enero de 1921; *El Diario*, 10 d. diciembre de 1918; *Boletín Oficial del Departamento Nacional de Trabajo*, n° 41, abril de 1919; Alfredo L. Palacios, *El nuevo derecho*, Buenos Aires, 1934, págs. 190-91.

La expansión que tuvo en 1918 hizo, empero, que la FORA actuara con gran precaución. Al término de las huelgas ferroviarias se habló de seguir a los anarquistas y declarar la huelga general, pero finalmente se decidió concentrar los esfuerzos en el crecimiento de la entidad, con la esperanza de vencer a la nueva Asociación Nacional del Trabajo empleando una mejor estrategia que ella. A fines de 1918, en el 10° Congreso de la FORA, se aceptaron formalmente estos objetivos, decidiendo apoyar solamente huelgas limitadas y centrar la estrategia de 1919 en el puerto, donde la FOM habría de presentar una lista de demandas a los armadores de buques.²⁹²

Mientras tanto, los anarquistas continuaban su campaña en pro de la huelga general, aunque, debe destacarse, con muy poco éxito. A fines de noviembre de 1918 se tuvo un indicio adicional de su debilidad. Simón Radowsky, uno de los grandes héroes anarquistas de la década anterior, quien había asesinado en 1909 al jefe de policía y luego de salvarse de la pena de muerte fue condenado a cadena perpetua, huyó de la cárcel de Tierra del Fuego en que se hallaba recluido; pero

su fuga tuvo escasa duración: a poco de llegar al lado chileno de la isla fue capturado y remitido de inmediato a la policía argentina. El episodio dio lugar a una manifestación anarquista en Buenos Aires y a un plan de organizar una marcha masiva hasta la embajada de Chile. Dada la fama de Radowsky, este debería haber sido el grito de combate que los anarquistas estaban esperando para lanzarse a la revolución, pero la marcha tuvo poco eco, y aunque se produjeron enfrentamientos y disparos en las calles, la policía logró dispersarla fácilmente.²⁹³

Por lo tanto, a fines de 1918 había pocas señales de que el nuevo año traería acontecimientos traumáticos. Los sindicatos estaban controlados por elementos moderados y los extremistas tradicionales perdían rápidamente apoyo. Una antigua concepción sostiene que la huelga general que inauguró la Semana Trágica solo puede entenderse con referencia a los sucesos que estaban aconteciendo en Europa.²⁹⁴ Sin duda, la guerra, la Revolución Rusa y el armisticio ejercieron un efecto sobre la intelectualidad izquierdista argentina;²⁹⁵ pero hay pocas pruebas de que los sucesos externos hubieran politizado y radicalizado también a las masas. Los «sindicalistas», que eran los que estaban en mejores condiciones para discernir algún cambio de esta índole, solo veían, en el período previo a la huelga general, la lucha de facciones y la atomización:

«No se puede asegurar, a pesar del progreso muy notable y positivo de la FORA, que esté en las condiciones que la revolución requiere. La ignorancia ofrece su peso muerto con demasiada gravedad, y la inconciencia perturba aún su acción constructiva. Abundan los elementos descaminados por una idea fija de una revolución mística que se efectuará por [...] un espíritu santo [...]; otros, empleando como motor el verbalismo, pretenden que solo la palabra llevará al proletariado la decisión de crear un mundo nuevo».²⁹⁶

El verdadero origen de la huelga general debe buscarse en la combinación de dos circunstancias. Primero, la inflación y el costo de vida, y su fomento de un clima combativo; segundo, que si bien los sindicatos crecían a un ritmo veloz, a fines de 1918 solo una quinta parte o menos de los trabajadores estaban afiliados. La FORA afirmaba tener entonces 80.000 afiliados, y en la ciudad de Buenos Aires había más de 400.000 obreros de sexo masculino.²⁹⁷ La mayoría de los participantes en la huelga general fueron estos grupos no

agremiados, y la huelga en sí misma estableció un mojón significativo en sus esfuerzos por organizarse. Esto tiene importancia para comprender el tipo de acción a que condujo la huelga; explica en gran medida su falta de estructura y organización. Además, la huelga demostró que eran vanas las esperanzas del gobierno radical de utilizar a los «sindicalistas» como medio para extender su influencia dentro de la clase obrera: aquellos no tenían ni el apoyo ni la fuerza necesarios para ejercer ese rol. Aunque controlaban la corriente principal del movimiento sindical, no gobernaban las fuerzas objetivas que espontáneamente llevaban a las masas a la acción. La huelga general de 1919 ilustró el impulso solidario subyacente en la clase obrera porteña, pero puso de manifiesto la falta de estructuras institucionales capaces de canalizarlo en forma constructiva. El resultado fue apenas un estallido emocional caótico del pueblo.

La huelga de los talleres Vasena

En diciembre de 1918 se declaró una huelga en el gran establecimiento metalúrgico Pedro Vasena e Hijos Ltda., situado cerca de Nueva Pompeya, uno de los barrios proletarios de Buenos Aires.²⁹⁸ La industria metalúrgica había sido gravemente afectada por la guerra; dependía por entero del suministro, no siempre seguro, de materias primas de alto precio y de carbón. Con el objeto de reducir sus costos, la empresa dio empleo a gran cantidad de inmigrantes (españoles, turcos y hasta japoneses),²⁹⁹ los más menesterosos, completándolos con cuantiosos contingentes de mujeres y niños.³⁰⁰ Durante la guerra ya se habían sucedido varias huelgas, algunas por el reconocimiento del sindicato luego de que se intentara crear una federación de todos los obreros metalúrgicos de la ciudad. En una de esas ocasiones, en octubre de 1917, se desplegó considerable violencia cuando los piquetes de huelguistas se enfrentaron con los esquirols.³⁰¹ En diciembre de 1918 la empresa ya era famosa por sus salarios de hambre y por las medidas policiales que acostumbraba tomar a fin de prevenir posibles huelgas. Era una situación bastante similar a la existente en los frigoríficos. Según un informe oficial, los salarios nominales promedio habían bajado de 104 pesos a apenas 52 para la fecha mencionada.³⁰² También como ocurriría con los obreros de los frigoríficos,

las federaciones habían querido organizar sindicatos entre los metalúrgicos.³⁰³ En noviembre de 1918 se creó uno en los talleres Vasena, y prontamente, en la primera semana de diciembre, se declaró una huelga.³⁰⁴ Las medidas adoptadas por la policía fueron al comienzo extremadamente violentas. La siguiente carta dirigida a *La Vanguardia* permite formarse una idea de ellas:

«Ya nos es imposible vivir en los alrededores de la casa Vasena, a los que tenemos la desgracia de habitar casas donde haya algún huelguista, pues somos continuamente molestados, y no podemos estar en las puertas de nuestras casas sin que la policía nos atropelle. El día 5 [de diciembre] fue detenido un hermano mío de 15 años, a las 5 de la tarde, por ir a curiosear en un grupo que se había formado en la esquina; fue encerrado en un calabozo hasta las 12 de la noche, estando enfermo y en casa por prescripción médica.³⁰⁵ El día 13, encontrándose el mismo a las 4 y media en la puerta de la casa, un oficial de guardias de caballería le ordenó que se retirara; al contestarle que a dónde debía retirarse si estaba en su casa, el oficial lo atropelló con su caballo, y bajo sus amenazas tuvo que obedecer y meterse dentro. Estas barbaridades se cometen con todos los vecinos de los alrededores del establecimiento en huelga, especialmente con los que no tienen carnet o chapa radical. Es bueno que quede constancia de estas brutalidades, pues en el tren que siguen estos bárbaros cualquier día van a cometer algún hecho cruento, del cual habrá que pedirles estrecha cuenta».³⁰⁶

De pronto, al terminar el mes, se retiraron todas las fuerzas policiales salvo una patrulla simbólica, aun cuando la huelga continuaba; esto alentó a los huelguistas a seguir adelante con sus intentos de parar por completo la producción de la fábrica. El 4 de enero, el gerente Alfredo Vasena solicitó al ministro del Interior que le enviara refuerzos; se quejó de que existía entre los huelguistas un estado de «abierta rebelión»: habían cortado las líneas telefónicas, interrumpido el aprovisionamiento de agua y lanzado ataques diarios contra los carros en que la empresa traía los materiales a la fábrica desde un depósito externo.³⁰⁷ En los días subsiguientes la violencia fue en aumento; el 5 de enero se produjo un enfrentamiento armado entre la patrulla policial y los obreros, en el cual murió un joven oficial.³⁰⁸ Como venganza, la policía organizó una emboscada

dos días más tarde, en las afueras de los talleres, disparando contra los huelguistas cuando estos se lanzaron a detener a los carros; hubo cuatro muertos.³⁰⁹

El proceso de movilización

La huelga general declarada el 9 de enero, que marcó el comienzo de la Semana Trágica, fue en gran medida una reacción ante este acontecimiento del 7 de enero en los talleres Vasena, pero importa destacar un proceso secundario que tuvo lugar entre ambas fechas. Una vez conocidas las noticias del enfrentamiento, los sindicatos empezaron a mostrar de inmediato señales de una división decisiva. Unos pocos anunciaron movimientos de fuerza para el día 9 en homenaje a las víctimas de la policía, mientras que otros emitieron simplemente declaraciones de protesta y resolvieron enviar delegaciones al cortejo fúnebre de ese día. Entre estos últimos se hallaban los más poderosos, la FORA y la FOM, lo cual significa que quienes abogaban por la huelga se vieron privados de la conducción de los sindicatos. Tal como había ocurrido anteriormente, los anarquistas se mostraron incapaces de asumir el rol que los «sindicalistas» habían desempeñado.³¹⁰

Pero aunque los sindicatos no apoyaban la huelga general, la masa obrera sí. La secuencia de los sucesos fue la siguiente. El día 8 estuvo ocupado por los preparativos para el funeral.³¹¹ El 9, según un informe oficial, alrededor de las 7 de la mañana, un centenar de trabajadores convergieron sobre Nueva Pompeya; el funeral estaba programado para las 2 de la tarde; se dividieron entonces en pequeños grupos que salieron a buscar apoyo en otros lugares de la ciudad.³¹² En los barrios cercanos a Nueva Pompeya hubo un paro total de actividades de los obreros industriales, y también paros importantes en las líneas de tranvías. En la propia Nueva Pompeya a combatividad de los hombres no declinaba; a la mañana lanzaron un asalto contra las oficinas de la compañía, donde se estaba realizando una reunión de directivos; esto terminó en un enfrentamiento armado que se prolongó hasta la tarde, cuando llegaron tropas de la policía y el ejército.³¹³

Durante el funeral hubo nuevos incidentes, producto en su mayoría del grupo que encabezaba la columna, que había partido desde los locales del gremio de los obreros de Vasena.

Se tumbó y prendió fuego a automóviles, se tomó pasajeramente por asalto una estación de tranvías, un asilo de huérfanos perteneciente a la Iglesia fue saqueado y hubo intentos de robar armas.³¹⁴ Cuando la caravana, que a esta altura incluía a varios miles de individuos, llegó al cementerio municipal, la policía los estaba esperando; en la batalla subsiguiente murieron por lo menos una veintena de obreros.³¹⁵

La huelga general fue, pues, un producto espontáneo de la refriega en las cercanías de Vasena. El proceso de movilización que tuvo lugar estuvo regido por tres parámetros generales. Primero, la violencia de los huelguistas fue hasta cierto punto función de su grado de proximidad a los talleres Vasena, siendo particularmente marcada entre los residentes de Nueva Pompeya, quienes durante las semanas anteriores habían sido hostigados por la policía; la huelga tuvo escaso eco, por ejemplo, en Avellaneda, del otro lado del Riachuelo. Segundo, el grueso de los huelguistas eran obreros industriales; la participación de grupos más concentrados, como los ferroviarios o los portuarios, fue mucho menos notoria —los ferroviarios aún se hallaban desorganizados luego de la derrota sufrida el año anterior, en tanto que los portuarios seguían su propia línea de acción, conducidos por la FOM—. Tercero, y como consecuencia de lo precedente, aparte del funeral el rasgo más notable fue que en la acción intervinieron fundamentalmente pequeños grupos desconectados entre sí, motivo por el cual la huelga fracasó rápidamente cuando llegaron las tropas. Gran parte de la violencia atribuida a los huelguistas fue en verdad obra de pandillas de jóvenes con muy escasa percepción de los límites de clase.³¹⁶

Esta pauta fue en cierto modo quebrada por un grupo, un sector de los tranviaristas; en este caso es mucho menos fácil establecer un nexo entre la acción llevada a cabo y la proximidad a los talleres Vasena, y además se mostraron más organizados y capaces de una acción bien planeada que los restantes grupos. Un testigo describió así uno de los incidentes que protagonizaron:

«... pude ver al grupo de alborotadores que había detenido a un ómnibus y que obligaba a descender a su numeroso pasajero. La evacuación se realizó atropelladamente y sin protestas. Inmediatamente hicieron descender también al conductor y al guarda, que salieron en silencio y de mala gana. Vi cómo el interior del vehículo era rociado con líquido de unas botellas que seguramente no habían sido encontradas

en la calle, y vi cómo en un instante era envuelto por las llamas. El espectáculo me resultaba indignante, no tanto por el atropello del incendio, como por la loca alegría de los bailes, los saltos de danza salvaje, y los gritos de los desenfrenados autores del atropello».³¹⁷

No deja de ser significativo que, según una autoridad en la materia, la fundación del sindicato de los tranviarios se remonta al 10 de enero de 1919.³¹⁸ Los elementos de coordinación y de estrategia que sugieren las acciones de coordinación a entender que existía cierta afinidad entre los tranviarios y grupos como los obreros ferroviarios de Rosario en 1917, y los obreros de los frigoríficos de Berisso y Avellaneda; en cada uno de estos grupos se estaba produciendo un proceso incipiente de sindicalización, y la violencia reflejaba los esfuerzos tendientes a imponer la solidaridad.

Salvo casos excepcionales como el de los tranviarios, que utilizaron el motín en los talleres Vasena como excusa para plantear sus propios reclamos, la acción de la mayoría de los participantes en la huelga general es explicable en buena medida por los efectos desencadenantes de los sucesos del 7 de enero; pero esto no significa que la huelga haya sido casual o accidental: estuvo estrechamente condicionada por la presión económica de trabajadores como los de los talleres Vasena, los tranvías y las fábricas. La refriega del 7 de enero determinó que la huelga tuviera un carácter espontáneo, emocional y carente de objetivos precisos.

Pese a la intervención de los tranviarios, nada sugiere que con esta huelga se haya pretendido atacar al Estado o al sistema capitalista; sería ir demasiado lejos sostener que fue un prototipo de revolución obrera o de «lucha armada». Por lo demás, tuvo una duración efímera. La acción de los tranviarios se limitó al 10 de enero y al fin de semana que abarcó el 11 y 12; luego solo se produjeron ataques aislados a vehículos o carruajes, pero ya no hubo manifestaciones masivas. Una vez que las tropas ocuparon la ciudad y comenzaron a organizar patrullas en los barrios obreros, la resistencia que todavía quedaba se esfumó. La segunda mitad de la Semana Trágica estuvo signada por tumultos secundarios en procura de alimentos, al agudizarse la escasez de estos últimos. En términos generales, la huelga de 1919 fue más bien una sucesión de revueltas desarticuladas que una genuina rebelión obrera. El movimiento se limitó a ciertas zonas de la ciudad y atrajo muchos más adherentes en algunos grupos que en

otros. La división entre los sindicatos y los obreros no agraviados fue, asimismo, una de sus características salientes.

El proceso de contramovilización

El rápido colapso de la huelga no representó el fin de la Semana Trágica: su fase verdaderamente trágica se inició recién entonces. A partir del momento en que las tropas salieron a la calle, apareció un movimiento paramilitar integrado por civiles de clase media y alta. Este fue el primero de una serie de acontecimientos significativos del año 1919. El 10 de enero se celebraron reuniones en la zona céntrica de Buenos Aires con gran asistencia de público, que exigía que se tomaran medidas. Un grupo de civiles armados organizó patrullas y comenzó a acompañar a la policía y a las tropas del ejército. De este modo hizo su aparición en la escena un movimiento contrarrevolucionario de derecha, cuyo rasgo más peculiar era que no estaba particularmente dirigido contra los huelguistas, ni se centró en el foco original de los disturbios en Nueva Pompeya, sino que apuntó fundamentalmente a la comunidad ruso-judía que vivía en su mayoría en Villa Crespo, un barrio relativamente próximo al centro. Esto reflejaba la creencia de que la huelga formaba parte de una conspiración revolucionaria conducida por comunistas ruso-judíos. En los días siguientes fueron habituales escenas como esta:

«En el medio de la calle ardían pilas formadas con libros y trastos viejos. [...] Pude ver que a pocos pasos de allí se luchaba dentro y fuera de los edificios. Se trataba de un comerciante judío al que se culpaba de hacer propaganda comunista. Me pareció, sin embargo, que el cruel castigo se hacía extensivo a otros hogares hebreos. El ruido de muebles y cajones violentamente arrojados a la calle se mezclaba con gritos de "mueran los judíos, mueran los maximalistas"».³¹⁹

Los incidentes de este tipo aumentaron después del 12 de enero, cuando la policía dio a conocer la sensacional noticia de que se había descubierto una célula bolchevique entre los inmigrantes rusos. Los hombres de prensa entrevistaron a tres prisioneros que habían sido apaleados y estaban casi inconscientes, pero pronto se puso de manifiesto su total inocencia. El «presidente de la República Socialista» resultó ser

colaborador de un diario sionista, y su «ministro del Interior», un judío dueño de una pequeña fábrica. Sin embargo, durante un tiempo la ciudad entera creyó ingenuamente en la existencia de una conspiración revolucionaria:

«Todos estos síntomas acusan la obra de una organización vigorosa, que ha estado al acecho de las perturbaciones huelguísticas para aprovecharlas en su favor. Y la investigación policial [...] descubre uno de los centros agitadores, constituido por un soviet de súbditos extranjeros, que ha venido expresamente a la república para tomar posesión de su gobierno y para proporcionarle fórmulas de anarquía disolvente, según el modelo de su país originario».³²⁰

Aclaremos que tales temores eran completamente infundados. No había agentes rusos en la ciudad ni existía conspiración revolucionaria alguna. Indagaciones posteriores revelaron que, entre el armisticio y la huelga general solo dos rusos habían arribado a Buenos Aires con el fin de promover apoyo para el régimen moscovita, y debido a las dificultades que tuvieron para entablar contactos en la Argentina, al poco tiempo se fueron a Chile.³²¹

La Semana Trágica mostró significativamente la neurosis de clase que experimentaban las capas altas y medias, y su asociación a romática de las huelgas con las conspiraciones políticas, hábito que se remontaba a la generación anterior, y que tras permanecer en un estado relativamente latente luego de 1910, revivió durante las huelgas ferroviarias. En 1918 ya es notoria la histeria de las clases altas y medias de Buenos Aires; fue en ellas, más que en la clase obrera, que la Revolución Rusa y los acontecimientos europeos posteriores a la firma del armisticio ejercieron su mayor impacto. Un *vesperin* conservador de Buenos Aires, *El Diario*, comentaba en estos términos la acción de los piqueteros de huelga en Rosario (en octubre de 1918):

«¿En qué se diferencia lo acontecido [...] de los escándalos terroristas en Rusia? Es un conato de soviet ejecutivo e impulsivo, que procede como proceden los soviets del maximalismo moscovita».³²²

Tales terrores se avivaron después del armisticio, mientras los cables internacionales informaban sobre los efectos inmediatos que este había tenido en Europa, y en las demonstra-

ciones populares para celebrarlo el PS sacó a relucir una bandera roja. Pocos días más tarde los socialistas se vieron forzados a desmentir un rumor propalado por la policía acerca de que estaban tramando una revolución.³²³ A ello le siguió, a fines de mes, la manifestación anarquista, al día siguiente de la cual, en la Avenida de Mayo, donde la manifestación había sido dispersada por la policía, la multitud se desbandó buscando refugio ante falsos rumores de que se habían colocado bombas.³²⁴ El 8 de diciembre se produjo una huelga de los policías de Rosario, y aunque su causa obvia era el atraso de nueve meses en el cobro de sus sueldos, de inmediato corrió la voz de que había infiltrados comunistas. El periódico *Review of the River Plate*, por ejemplo, creyó percibir en la huelga «por lo menos el germen de un soviet».³²⁵ También se afirmaba que todos los días llegaban al país agentes rusos, lo cual motivó que el 10 de diciembre el representante británico presentara una queja formal ante el gobierno.³²⁶ Por último, cuando el año llegaba a su fin se tuvo noticia de la huelga planeada por la FOM para el 1.º de enero.

En algunos casos (p. ej., el de los «agentes rusos») estos temores eran totalmente irracionales, mientras que en otros se establecían falsas conexiones entre hechos por completo ajenos entre sí. A fines de noviembre, José Ingenieros, un prominente sociólogo izquierdista, pronunció una conferencia sobre el tema del maximalismo, que junto con la polémica que suscitó se constituyó en otro factor que alentó el clima de rumores infundados. Refiriéndose a la reacción pública frente a su conferencia, Ingenieros transmitía en estos términos el creciente estado de alarma de que daba muestras la población:

«Al día siguiente [de la conferencia] el obispo de Córdoba publicó una pastoral contra el maximalismo. [...] Dos días después los anarquistas realizaron un *meeting* que terminó con muertos y heridos en la Avenida de Mayo. [...] Ocho días después, la policía y los bomberos del Rosario se declararon en huelga de acuerdo con los obreros; colisiones, muertos y heridos. Ahora, según me dicen, se prepara una gran huelga revolucionaria, para la época de la cosecha, con los ferroviarios y los obreros del puerto. Mientras tanto, circulan manifestos entre el ejército y la policía [...] [y] en todos los lugares públicos de la república se distribuyen volantes [...] en los cuales mi nombre se halla siempre complicado en la propaganda maximalista».³²⁷

Con esto cobró impulso la decisión de tomar represalias, como se hace patente en el siguiente fragmento de un discurso pronunciado el 8 de enero por un diputado conservador:

«Hace poco tiempo, estando en uno de los balcones de mi casa, vi pasar una manifestación que estaba terminantemente prohibida por la ley 7.029 [de Defensa Social].³²⁸ [...] Esa multitud [...] cada vez que se encontraba una bandera argentina [...] gritaba "Abajo la bandera argentina", y los vigilantes escuchaban impasibles esos gritos subversivos y odiosos para el patriotismo nacional. [...] Existen en el país, diseminados en todas partes, gran número de agitadores de profesión que van mucho más lejos que los señores socialistas. [...] Esos hombres ofrecen a la multitud un programa máximo [en el cual] figuran todas las violencias. [...] Estamos hoy sin defensa; levantémonos a la altura de la situación y pidámosle al gobierno, sin recriminaciones de ninguna clase, que ponga remedio al mal que socava hasta en sus cimientos más sólidos a la sociedad argentina».³²⁹

Finalmente, cuando se produjo la huelga general, ese impulso hacia la contramovilización fue alimentado por rumores que cruzaron de sur a norte la ciudad. Comenzaron a circular noticias confusas y deformadas sobre los sucesos del día:

«Las noticias son graves: los huelguistas están armados hasta los dientes; han levantado barricadas en todos los barrios de la ciudad; incendiaron cuatro iglesias y dos asilos y se disponen a atacar las estaciones de ferrocarril. [...] Resuelvo encaminarme a la plaza del Once. [...] Silencio absoluto. Solo, de vez en cuando, el repiqueteo precipitado de una campanilla de ambulancia sanitaria rompe la tranquilidad de esta noche de verano».³³⁰

Lo importante de este movimiento «patriótico» (como se autodenominaba) era que, atravesando las fronteras partidarias, unía a grupos extremadamente diversos de la burguesía argentina, siendo apoyado por los legisladores radicales y conservadores, quienes el 10 de enero, cuando se realizaron las reuniones multitudinarias en la Plaza Congreso, contribuyeron a convertirlas en acciones concretas. En distintos barrios de la ciudad el movimiento recibió el apoyo de la aristocracia rural, los políticos, los miembros de los comités radicales, el clero, los militares y los hombres de negocios. Al

poco tiempo habían aparecido en varios de ellos «comités de defensa» que utilizaban las comisarías para organizar a las patrullas y distribuir las armas. Los hijos de los aristócratas tomaban los automóviles de sus familias e incursionaban con ellos en los barrios de los inmigrantes.

En poco tiempo el movimiento tuvo un alto nivel de organización, conducción y estructura de mando. Sus jefes eran un grupo de antiguos oficiales de las Fuerzas Armadas que se reunían diariamente en el Club Naval, desde donde emitían las órdenes pertinentes y tomaban las medidas para adiestrar a los civiles en el uso de las armas. Todo esto se hallaba en agudo contraste con las características estructurales adquiridas por la huelga. Otro rasgo notorio del movimiento «patriótico» era el de mantener los roles preexistentes: las acciones eran dirigidas por miembros de la «alta sociedad», en tanto que los militantes rasos eran en su mayoría de las clases medias urbanas. En sus manifestaciones externas, el movimiento reflejaba, asimismo, la difundida creencia de que, tal como ocurriría con los ferroviarios en 1917, el gobierno radical no haría nada por contener la huelga, dejando así el camino abierto a una revolución de los obreros inmigrantes. Revivieron así los temores y prejuicios tan evidentes durante el período de inmigración masiva, una década atrás.

Reacciones del gobierno

La aparición de esta organización paramilitar modificó en forma sensible el equilibrio y distribución del poder político. Los grupos antihuelguísticos cuya unidad se había puesto en evidencia con la fundación de la Asociación Nacional del Trabajo en mayo de 1918 tenían ahora dos aliados vitales. Las maquinaciones del grupo del Centro Naval mostraban que contaban con considerable apoyo militar, y, por otro lado, se habían agenciado muchos adherentes de clase media, incluso del propio Partido Radical. A partir de entonces la cuestión clave residió en saber cuál sería la reacción del gobierno.

Cuando, en noviembre, comenzó a cundir el «terror rojo», al principio el gobierno tomó las cosas con calma. *La Epoca* declaró: «El maximalismo que llamaremos argentino es antes que nada una actitud literaria, una ocurrencia de ciertos muchachos desocupados que gastan su tiempo en imaginar aven-

turas». ³³¹ Después de la manifestación anarquista a fines de ese mes hubo, empero, algunas señales de aprehensión: «No caben en la República los maximalistas, que han vibrado como relámpagos de reacciones y venganzas en el alma atrofiada del *miriké*». ³³² Al declararse la huelga policial en Rosario el gobierno ya estaba al borde del pánico: se culpaba de la huelga a los anarquistas y se sostenía que se había encontrado en la ciudad propaganda bolchevique, ³³³ tras lo cual se hacían aplicaciones paréticas pero cada vez más amenazadoras a los obreros con el propósito de urgirlos a evitar los tumultos.

«La hora no es de agitaciones airadas. [...] Es de trabajo silencioso y tenaz. Ha llegado el momento de combinar esfuerzos y aunar voluntades para aplicarlas a la tarea común de reconstruir la prosperidad de la nación. [...] Del presidente Yrigoyen, de su patriotismo y de su simpatía por la causa de las clases desposeídas, no pueden recelar los trabajadores. Le han visto rectificar la dirección de la política social argentina, haciéndola más humana y justa, separando los intereses del Estado de las conveniencias capitalistas y mediando imparcialmente en todo conflicto suscitado entre obreros y patronos. Sería juicioso, entonces, que depositaran su confianza en él, absteniéndose de perturbar la acción del Estado, tan difícil de suyo en los momentos actuales. De otro modo, caerían en una tentativa descabellada cuyas consecuencias serían los primeros en lamentar».

Esto puso de manifiesto que el gobierno ya no se sentía capaz de adoptar la posición neutral del pasado. Su creciente debilidad en este momento no se debía únicamente a las huelgas. Durante las semanas finales de la guerra se lo había sometido a constantes presiones para que se declarase en favor de los aliados. En noviembre de 1918 se celebraron en Buenos Aires las primeras elecciones municipales regidas por un nuevo reglamento electoral, y en ellas los radicales fueron rotundamente derrotados por los socialistas. Estos últimos eran sólidos defensores de los aliados, y tal derrota, la primera desde 1914, fue considerada en general como una condena de la posición neutralista de Yrigoyen. ³³⁵

A ello se añadía la cada vez mayor oposición militar al gobierno dentro de la élite. En octubre de 1918 algunos miembros de la oposición conservadora fundaron el Comité de la Juventud, que comenzó, en tono beligerante, a trazar para-

ellos con la revuelta de 1890 en la que se había obligado a dimitir a Juárez Celman. ³³⁶ A la sazón el gobierno también tenía dificultades con el rebelde Grupo Azul de su propio partido; había envuelto en las intrigas algunos miembros del gabinete, y parecía que cada una de ellas hacía correr al partido cada vez mayor peligro de desintegrarse. ³³⁷ Por último, el gobierno recibía advertencias sobre las actividades de los bolcheviques en Buenos Aires; el cónsul argentino en Río de Janeiro dio cuenta del descubrimiento de un complot bolchevique en Brasil y de las intenciones de hacerlo extensivo a la zona del Río de la Plata; ³³⁸ el embajador de Estados Unidos en Buenos Aires pidió que se hiciera una investigación para evitar males mayores, luego de que se le informara desde Washington que se estaba urdiendo en la Argentina un plan para asesinar al presidente Woodrow Wilson. ³³⁹

Al comenzar la huelga en los talleres Vasena, en diciembre, *La Epoca*, con una prisa poco habitual, denunció que era la obra de «agitadores foráneos» y puso particular énfasis al destacar que se habían enviado agentes policiales. ³⁴⁰ Aunque esto bien podría ser un reflejo de los temores del gobierno luego de las manifestaciones anarquistas, hay otra explicación más convincente. Junto al informe sobre la huelga aparecía en *La Epoca* un artículo en el que se negaban de plano ciertos rumores sobre cambios inminentes en el gabinete. La persona vinculada con estos rumores era Leopoldo Melo, de quien se decía que iba a ser designado ministro del Interior. Melo era uno de los más feroces defensores de los aliados y líder del Grupo Azul disidente, ³⁴¹ pero lo que es más importante, era también director y asesor legal de la fábrica Vasena.

Aparentemente, el hecho de que el gobierno recurriera en un primer momento a la policía tenía como presunto objetivo conquistar la buena voluntad de Melo, interpretación que se ve fortalecida cuando se toma conocimiento de que, al anunciar Melo finalmente que seguía oponiéndose a Yrigoyen, la policía fue de inmediato retirada de la fábrica y se dejó que las cosas siguieran su curso hasta el 7 de enero. ³⁴² Ese día el gobierno se puso oficialmente de parte de la policía y en contra de los huelguistas, pero, a la vez, retomó contacto con la FORA y trató de imponer un arbitraje. ³⁴³ El resultado fue un acuerdo con la FORA en el sentido de que la policía no actuaría, a fin de evitar ulteriores incidentes durante el funeral. ³⁴⁴ Esta promesa fue fielmente cumplida,

y ello explica en parte por qué la policía apareció tan tardíamente el 9 de enero. Así pues, en términos generales, antes de la huelga el gobierno todavía se resistía a poner fin a sus contactos con los sindicatos, aunque su posición era tensa y cada vez más débil.

Ha subsistido un solo relato acerca de la acción oficial del día 9 de enero, proveniente del representante diplomático británico, Sir Reginald Tower. Cuando los directivos de los talleres Vasena se vieron rodeados por los huelguistas en las oficinas de la compañía, de inmediato tomaron contacto telefónico con Tower, quien pasó varias horas tratando de reunirse con el ministro de Relaciones Exteriores, Honorio Pueyrredón. Una delegación de hombres de negocios encabezada por el presidente de la Sociedad Rural, Joaquín Anchorena, concurrió a su despacho y juntos se encaminaron a la Casa de Gobierno con la esperanza de encontrar a Pueyrredón; pero se les dijo que no se hallaba allí. Fue entonces que su nombre quedó asociado a cambios inminentes en el gabinete. Tras larga demora, la delegación fue recibida por el ministro interino Diego Luis Molinari, y luego por el ministro del Interior, Gómez, quien según Tower «prestó a nuestra representación mucho menos atención que la que hubiéramos deseado». Finalmente el jefe de policía, Elpidio González, que acababa de ser designado esa misma mañana, salió de la reunión de gabinete anunciando que era su propósito visitar el lugar de los hechos. Tardó bastante en volver, porque los huelguistas prendieron fuego a su automóvil. Recién entonces se resolvió apelar a la policía.³⁴⁶

De manera que, pese a su evidente desorientación, el gobierno no tomó a la ligera la decisión de recurrir a su poder de policía. Todavía le importaba no cargar con las culpas que se le pudieran atribuir. Además, de los comentarios de *La Epoca* se deduce que también quería poner a resguardo su relación con los «sindicalistas». En el periódico se negaba que en la huelga intervinieran los obreros, y se culpaba de ella a los chicos expiatorios tradicionales, los anarquistas:

«Se trata de una tentativa absurda provocada y dirigida por elementos anarquistas, ajenos a toda disciplina social y extraños también a las verdaderas organizaciones de trabajadores. Porque no se trata de un movimiento obrero. Mienten quienes lo afirman. [...] Adhieren [a la huelga] bajo la coacción que ejerce una minoría airada y por el temor que infunden las represalias futuras. Y aun los trabajadores que apa-

recen complicados en los actos tumultuosos de ayer han resultado instrumentos de los agitadores».³⁴⁶

En definitiva, el 11 de enero el gobierno llegó a un acuerdo con los «sindicalistas»: a cambio de la libertad de los prisioneros que había hecho la policía y de aumentos de salarios de un 20 a un 40 % para los trabajadores de Vasena, la FORA anunciaría el levantamiento de la huelga.³⁴⁷ Pero para entonces el gobierno ya casi había perdido por completo el control de los acontecimientos. Otro de los sucesos espectaculares de la Semana Trágica se produjo en la tarde del 9 de enero. El general Luis F. Dellepiane, comandante de la guarnición de Campo de Mayo, en las proximidades de la Capital Federal, se presentó inesperadamente en la Casa Rosada con un batallón equipado con piezas de artillería liviana y ametralladoras. Una leyenda no verificada asegura que en esas circunstancias Yrigoyen le ofreció a Dellepiane su renuncia, en la seguridad de que se trataba de un golpe de Estado.³⁴⁸ Por cierto que si Dellepiane lo hubiera querido podría haberse hecho cargo del gobierno, y hay también buenos motivos para creer en los temores de Yrigoyen. El propio Dellepiane reveló más tarde que antes de entrar en la Capital se le había acercado un grupo de «militares retirados» con el objeto de preparar una rebelión militar.³⁴⁹ Si esta no se materializó, ello se debió a que Dellepiane era un anti-guero simpatizante radical desde los días del noventa. Sin embargo, la perduración de su apoyo, sin el cual el gobierno habría quedado totalmente aislado y habría sido fácil presa de los defensores del *coup d'Etat*, quedó condicionada a que se adoptaran firmes medidas para reprimir la huelga. A causa de ello, el 9 de enero el gobierno experimentó una *volte face* fundamental; en lugar de su primitiva posición conciliatoria se vio forzado a sumarse a la caza de brujas. Desde entonces su voz se alzó tan alta como cualquier otra en la denuncia de la huelga como una conspiración revolucionaria, alentando a los miembros del partido a que se unieran a las bandas paramilitares y explotando en su propio provecho la desvalida situación de los inmigrantes y los prejuicios tradicionales contra ellos. En una oscura referencia a la comunidad rusa, *La Epoca* declaró, el 19 de enero: «... los verdaderos autores de los sucesos ocurridos solo representan el 1,18 % de la población del país y el 1,79 % de la Capital Federal».³⁵⁰ Una semana más tarde *El Diario* informaba que cierto número de radicales de los comités de barrio habían renunciado

al partido debido a que otros afiliados se habían estado jactando de haber despachado en un solo día a 48 judíos.³⁵¹ Pero aunque parte de la responsabilidad moral por los sucesos de la Semana Trágica corresponde al gobierno y a muchos de sus adeptos, lo cierto es que el radicalismo había caído en una trampa política. La rapidez con que surgió el movimiento «patriótico» demostró que la política laboral del gobierno carecía de respaldo en la opinión conservadora o de la clase media. La intervención de un nuevo y vital factor de poder, el ejército, significó que para evitar ser derrocado debió sumarse a la campaña de represión de la huelga y buscar chivos emisarios para la presunta conspiración. A partir de ese momento su temor de un levantamiento militar pasó a ser el factor condicionante fundamental de su política.

8. 1919

En enero de 1919 el gobierno radical estuvo casi al borde de ser derrocado por un golpe de Estado militar; durante gran parte de lo que restaba de ese año debió luchar para salvar del naufragio su política laboral y mantener a raya a la oposición respaldada por los militares. A corto plazo, el resultado más importante de la Semana Trágica fue el rápido auge e institucionalización de la organización paramilitar dirigida por los conservadores que había surgido en el curso de la huelga. El 19 de enero se celebró una reunión en el Club Naval presistida por el contralmirante Domecq García y a la que asistieron representantes de todos los clubes aristocráticos importantes de Buenos Aires y de algunas destacadas asociaciones militares; entre ellos cabe mencionar al Jockey Club, el Círculo de Armas, el Círculo Militar, el Yacht Club, la Asociación de Damas Patricias y miembros de la jerarquía eclesiástica: casi la totalidad de la élite conservadora. Se aprobó una resolución que instaba a continuar la guerra contra las «ideologías foráneas» y los «agitadores foráneos», así como a

«... estimular sobre todo el sentimiento de la argentinidad, manteniendo vivo y animado en todo momento el espíritu de los conciudadanos, cualesquiera que sean sus creencias religiosas, sus opiniones políticas, su edad o fortuna, y el recuerdo del heroísmo y sacrificio generoso de los antepasados que nos dieron patria. [...] Inspirar al pueblo amor por el ejército y la marina, y que formar parte de sus filas es un deber y un honor...»³⁵²

De allí surgió la Liga Patriótica Argentina, que habría de ser en los tres años siguientes la más poderosa asociación política del país.

La Liga tuvo sus orígenes en el período de inmigración masiva de fines del siglo pasado; fue en muchos aspectos continuación de los movimientos nativistas que aparecieron en distintos momentos en los grupos tradicionales como reac-